

ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS



Alicia en el País de las Maravillas

Autor: Lewis Carroll

Traducción: Juan Gutiérrez Gili

Comentarios: Caterina Radzichewski

Derechos exclusivos mundiales de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerente editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Juliana Palermo

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Gastón González

Armado de interior: Margarita Guglielmini

1ª edición: noviembre de 2026

ISBN 978-950-02-1863-4

Impreso en Latingráfica,

Rocamora 4161, CABA,

en noviembre de 2026.

Tirada: 4000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Lewis Carroll

Alicia en el País de las Maravillas / Lewis Carroll; Comentarios de Caterina Radzichewski. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: El Ateneo, 2026.

176 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Juan Gutiérrez Gili.

ISBN 978-950-02-1863-4

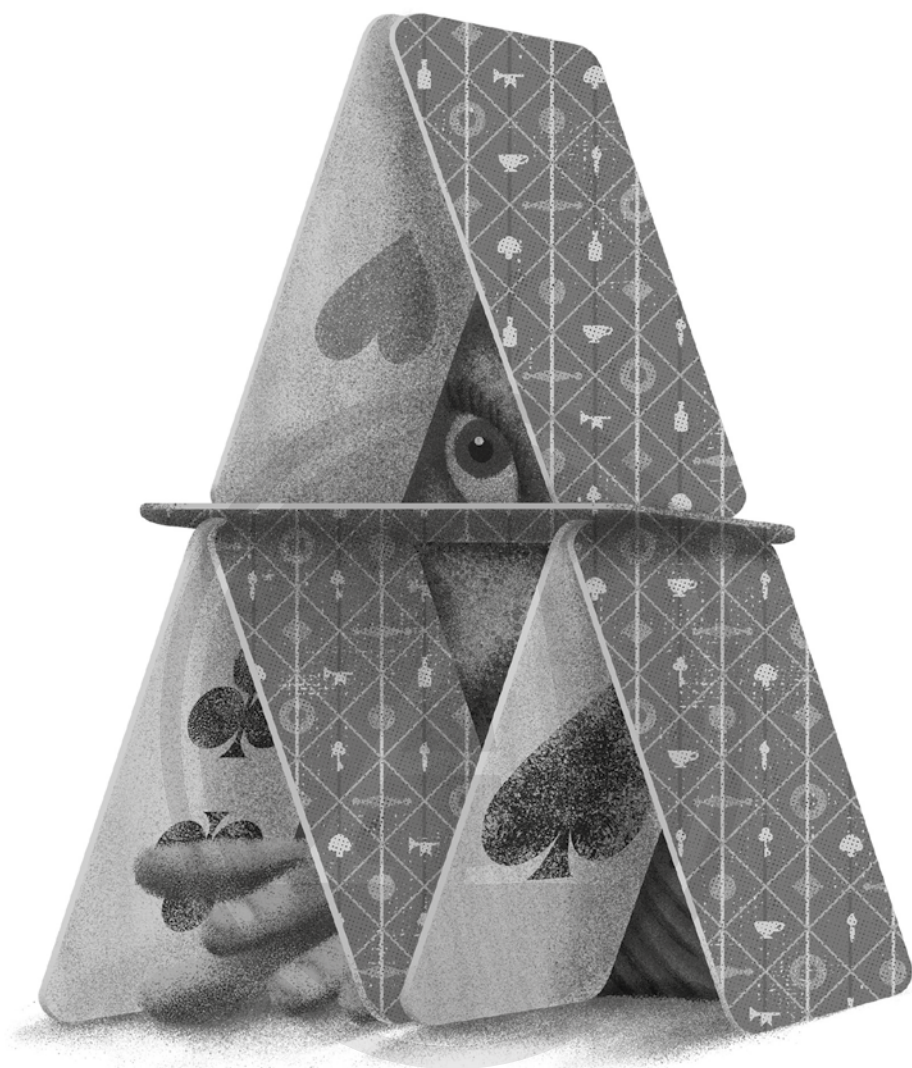
1. Literatura Clásica. 2. Literatura Inglesa. I. Radzichewski, Caterina, com. II. Gutiérrez Gili, Juan, trad. III. Título.

CDD 800

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia.

Esta edición reproduce una traducción en dominio público. Con el fin de favorecer la claridad y fluidez de lectura, se han efectuado mínimas actualizaciones ortográficas, de puntuación y sintaxis, respetando en todo momento el sentido y el espíritu del texto original.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).



Lewis Carroll

ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

 Comentado por Caterina Radzichewski

 *Editorial El Ateneo*



ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

Prefacio

*En la dorada tarde remamos lentamente,
los brazos se sienten ceder al remo débilmente.
¡Qué dichoso desfallecer las manos sin oriente!*

*Y qué implacable triple voz suena en el dulce olvido
pidiendo extrañas invenciones, de quieto y lírico sentido.
¿Cómo callar indiferente sintiendo su latido?*

*Dice apremiante la primera voz que comience el cuento,
la segunda no nos reclama lógica de argumento,
y nos acucia la tercera con anheloso acento.*

*¡Oh, qué silencio más profundo se impone a todo ruido!
Es la tierra un maravilloso país desconocido,
lleno de seres que convierten en real lo fingido.*

*Cuando la fuente imaginaria se agota en la inventiva
y a los cristales del ensueño la luz se les esquivo:
“¡Siga el cuento —claman los seres— que tanto
nos cautiva!”.*

Lewis Carroll da inicio a esta historia evocando la emblemática tarde del 4 de julio de 1862 en la que llevó a las tres hermanas, Lorina, Alicia y Edith Liddell, a una excursión por el río Támesis. Alicia, de tan solo diez años, era la más curiosa de las tres y mostraba mucho interés por las historias que Carroll inventaba. Meses después, el autor, cuyo nombre real era Charles Lutwidge Dodgson, anotó en su diario que ese 4 de julio fue “la tarde dorada” en la que les narró por primera vez “las aventuras de Alicia en el reino subterráneo”.

Carroll dedica el libro
a la pequeña Alicia y
la invita a atesorar la
historia como una flor
que no es perecedera
ni se marchita. He
aquí lo maravilloso
de la literatura: permite
cultivar una flor hecha
de palabras que no
se ha marchitado más de
160 años después.

*Así el país maravilloso sobre el yunque del yo,
episodio tras episodio, su leyenda forjó,
y al ocaso, un mundo de amigos el alma nos pobló.*

*Recibe, Alicia, este pueril libro con mano tierna
y ponlo allí donde la infancia salva la vida interna,
como el ferviente peregrino guarda una flor eterna.*



CAPÍTULO I

En la madriguera

Alicia empezaba a sentirse cansadísima de estar sentada en una orilla al lado de su hermana, sin saber qué hacer: dos veces había atisbado el libro que ella leía, pero era un libro sin diálogo ni grabados, y “¿de qué sirve un libro si no tiene diálogo ni grabados?” pensó Alicia.

Y pensando de la mejor manera que le permitían la somnolencia y el atontamiento en que la había sumido el calor de aquella tarde, consideraba en su fuero interno si valdría la pena entretenerse en arrancar margaritas por el gusto de hacer una cadena con ellas, cuando de pronto saltó a su lado un Conejo Blanco de ojitos rojos.

No había nada de extraordinario, ni le pareció a Alicia cosa fuera de lo normal, en oír que el Conejo se decía a sí mismo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Voy a llegar tarde.

La irrupción del elemento maravilloso es inmediata. Bastan unas pocas líneas para orientar al lector antes de zambullirlo por completo en la aventura subterránea que comienza con el Conejo Blanco. La **curiosidad** es el motor que enciende la búsqueda y acerca a Alicia al País de las Maravillas.

Al reflexionarlo más tarde, comprendería que tendría que haberse maravillado, pero por el momento le parecía la cosa más natural del mundo; no obstante, cuando el Conejo se sacó un reloj del bolsillo del chaleco, lo miró y echó a correr, Alicia se puso en pie, porque enseguida reflexionó que nunca había visto un conejo con chaleco ni con un reloj para saber la hora. Encendida su curiosidad, se fue corriendo por el campo y llegó a tiempo de ver que el Conejo se metía de cabeza en una gran madriguera al pie de una cerca.

En un instante, Alicia se metió detrás de él sin pensar ni remotamente si le sería posible salir.

La madriguera empezaba siendo horizontal como un túnel, pero luego se hundía bruscamente, tanto que Alicia no tuvo tiempo de pensar en detenerse, pues se encontró con que se caía por un sitio semejante a un profundo pozo.

O el pozo era profundísimo, o ella caía muy despacio, porque, si no había tenido tiempo de pensar en detenerse, sí lo tuvo para mirar alrededor y preguntarse qué era lo que iba a suceder.

Enseguida procuró mirar al suelo, porque quería ver dónde pisaría; pero estaba demasiado oscuro para ver algo. Luego miró a las paredes

En la época de Lewis Carroll abundaban las especulaciones sobre qué pasaría si una persona cayera por un hoyo hacia el centro de la Tierra. ¿Aumentaría la velocidad a cada segundo? ¿Lograría atravesar la Tierra y salir por el otro extremo? Carroll, matemático de profesión, no era ajeno a este dilema de su tiempo.

del pozo y observó que estaban llenas de armarios y de anaqueles de libros; aquí y allá vio algunos mapas y cuadros colgados de unos ganchos. Al pasar agarró una jarra de uno de los estantes, tenía una etiqueta que decía “mermelada de naranja”; mas, para su desencanto, estaba vacía. No le pareció bien arrojarla al fondo por temor de matar a alguien, así que procuró dejarla en otro de los estantes mientras iba descendiendo.

“¡Bien —pensó Alicia—, después de una caída como esta no hay miedo de rodar por las escaleras! ¡Qué valiente me van a encontrar en casa! ¡Ni he de quejarme cuando me encuentren, aunque me haya caído del tejado!”, cosa que le parecía muy probable.

Y, en tanto, bajaba, bajaba, bajaba. ¿Nunca acabaría aquel descenso?

—¿Cuántos kilómetros habré bajado ya? —se preguntó en voz alta—. Llegaré a algún sitio cerca del centro de la Tierra. A ver: creo que por lo menos he corrido hacia abajo seis mil kilómetros.

Alicia había aprendido algo de eso en las lecciones que daban en el colegio, y por más que no fuera aquella una excelente ocasión para hacer gala de sus conocimientos, ya que nadie podía oírla, le pareció bien hacer un poco de repaso.

Borges en **El Aleph**

propone asomarnos a las infinitas posibilidades del universo desde un punto ubicado en un sótano.

Descender o asomarse funciona como una puerta de entrada a una realidad alterada. Esto no es nuevo, proviene de la tradición clásica.

A lo largo de toda la novela las nociones de significado (la idea) y *significante* (la palabra que evoca esa idea) se trastocan para proponer juegos lingüísticos y nuevas posibilidades de sentido. En **Alicia a través del espejo**, continuación de esta historia, el famoso poema "Jabberwocky" contiene decenas de palabras inventadas (una verdadera pesadilla para los traductores).

Alicia tiene arraigadas las costumbres y los modales victorianos propios de su clase social. A lo largo de su aventura se preocupa por el modo adecuado de tomar el té, la forma apropiada de saludar y hablar con otros y el léxico que utiliza. El mundo subterráneo que descubre llega para trastocar lo conocido y obligarla a participar de una lógica que por momentos la abruma.

—Sí, esta es aproximadamente la distancia que he recorrido... Pero ¿hacia qué latitud o longitud me encamino?

No tenía Alicia la menor idea de lo que las palabras latitud y longitud significaban, pero se le antojaba que estaba bien pronunciar vocablos tan bellos y sonoros. Pronto volvió a decirse:

—¡No sé si estoy cayendo a través de la Tierra! ¡Qué divertido sería salir por el otro lado, donde la gente anda de cabeza! Los "antipáticos"; creo que se llaman así. —Ahora se alegraba de que nadie la oyera, pues no le sonaba del todo apropiada esa palabra—. Pero, claro, bien tendré que preguntarles el nombre de su país. "¿Tiene usted la bondad, señora, de decirme si esto es Nueva Zelanda o Australia?".

Y así pensando, intentaba ensayar cortesías. ¡Cortesías, mientras caía por el espacio! ¿Cómo se las arreglaría?

—¡Pero qué ignorante iba a parecerle al señor a quien hiciera tal pregunta! No, no es cosa de ir preguntando. Ojalá lo vea escrito en alguna parte.

Abajo, abajo, abajo. No cabía hacer otra cosa. Así es que Alicia pronto reanudó el monólogo:

—Creo que Dina me echará mucho de menos esta noche. —Dina era la gata—. Seguro que no se olvidarán de ponerle su platito de

leche a la hora de merendar. ¡Dina, querida mía, quisiera tenerte aquí, a mi lado! Es verdad que en el aire no hay ratones, pero podrías cazar algún murciélago, pues los murciélagos, ¿sabes?, se parecen mucho a los ratones. Ahora, yo no sé si a los gatos les gustan los murciélagos. —Y a esto, Alicia empezó a adormecerse de una manera extraña, repitiéndose—: ¿Comen murciélagos los gatos? ¿Comen murciélagos los gatos? —Y a veces se equivocaba—: ¿Comen gatos los murciélagos? —porque, ¿comprenden?, como no podía contestarse, no importaba alterar así la pregunta. Empezaba a sentir que se dormía, soñando que paseaba de la mano con Dina, e iba diciéndose con viva impaciencia—: Ahora, Dina, dime la verdad: ¿has comido alguna vez murciélago? —cuando, de pronto, ¡cataplum!, fue a dar sobre un montón de ramas y hojas secas, donde terminó su viaje por el espacio.

No sufrió el menor daño y se puso en pie de un salto. Miró hacia arriba, pero allá estaba oscuro; enfrente de ella se extendía otro largo pasillo, y el Conejo Blanco corría hacia abajo aún al alcance de su vista. No había momento que perder; siguió por allí Alicia, ligera como el viento, y todavía llegó a tiempo de oírle decir al volver una esquina:

*Se suele representar
al Conejo Blanco
portando un reloj de
grandes proporciones y,
por supuesto, siempre
apurado. Es un símbolo
de la prisa moderna
que ya se vaticinaba
en la época victoriana:
los relojes de bolsillo,
el ritmo urbano y la
presión de llegar a citas
y encuentros en tiempo y
forma. Este personaje
funciona como crítica a
una sociedad que se mide
con la vara del tiempo y
la productividad.*

—¡Válganme mis orejas y mis bigotes, y qué tarde se me hace!

Alicia llegó casi al mismo tiempo que el Conejo a la esquina, pero él dobló rápidamente y ella lo perdió de vista. Se encontró sola en una larga sala alumbrada por una hilera de lámparas que colgaban del techo. Había puertas alrededor, pero todas estaban cerradas, y, después de ir de un lado a otro probando de abrirlas inútilmente, se dirigió al centro de la estancia pensando cómo se las arreglaría para salir de allí.

Pronto se dio cuenta de que había una mesa de tres patas, toda de cristal macizo. No había encima de ella más que una llavecita dorada, y lo primero que se le ocurrió a Alicia fue pensar que sería de alguna de las puertas de la sala. Pero, ¡ay!, para unas cerraduras era grande y en otras iba demasiado holgada, y de ninguna manera pudo abrirlas.

Sin embargo, a la segunda vuelta advirtió que había una cortinita ocultando una pequeña puerta que no llegaría a un metro de altura. Probó allí la llave, y con alegría vio que encajaba bien.

Alicia abrió la puerta y se encontró con que daba a un angosto pasadizo, no mucho más ancho que una madriguera. Se arrodilló para

mirar por allí y vio que al otro lado se extendía el jardín más delicioso que pudiera imaginar. ¡Cuántas ganas tenía de salir de aquella oscura sala e ir a pasear entre aquellos macizos de vistosas flores y aquellas frescas fuentes!, pero apenas podía meter la cabeza por la abertura.

“Aun suponiendo que mi cabeza pasara —pensó la pobre Alicia—, de poco me serviría, separada de los hombros. ¡Oh, cuánto me gustaría poder encogerme como un telescopio! Y creo que podría hacerlo con solo saber cómo empezar”. Porque hay que comprender que habían comenzado a pasar cosas tan extraordinarias que Alicia ya creía que apenas había nada en realidad imposible.

Poco sacaría de estar esperando delante de aquella abertura; así es que volvió a la mesa de cristal con la confianza de encontrar otra llave o, en último caso, algún manual de reglas para enseñar a la gente a encogerse como los telescopios. Lo que encontró esta vez fue una botellita que, “en verdad, no estaba la vez anterior”, se dijo Alicia, y que llevaba atada al cuello una etiqueta con la palabra “Bébeme” lindamente impresa en grandes caracteres.

Estaba muy bien decir “Bébeme”, pero la pequeña y prudente Alicia no lo haría con precipitación.

Si bien el **nonsense** y la fantasía son determinantes en esta historia, Carroll tenía muy en claro que escribía para niños. Por eso incluye alusiones a los códigos de conducta de su tiempo, los peligros que deben evitarse y la adquisición de autonomía y criterio propios.

“No, antes quiero examinarla bien, no sea que tenga la indicación de ‘Veneno’”, pues muchas veces había leído historias de niños que se quemaron y que incluso fueron devorados por las fieras y cosas por el estilo, todo por olvidarse de las indicaciones sencillas que las personas que los querían les habían hecho, tales como que el tener demasiado rato agarrado el atizador de la chimenea quema la mano, y que al hacer uno un corte hondo en un dedo sale sangre, y lo que ella nunca olvidaba, o sea que el beber el contenido de una botella que lleve la indicación de “Veneno” suele, a la corta o a la larga, hacer daño.

Aquella botella, no obstante, no tenía tal indicación, por lo cual Alicia se aventuró a probar su contenido; y, encontrándolo en verdad delicioso, pues tenía una especie de mezcla de sabores de tarta de cerezas, de almíbar, de piña, de pavo asado, de caramelo y de tostadas calientes con mantequilla, se lo acabó en un momento.

—¡Qué sensación más extraña! —exclamó Alicia—. Debo de estar encogiéndome como un telescopio.

Y así era, en efecto; ya no tenía más que veinticinco centímetros, y se le encendieron los ojos de alegría pensando que tendría la medida para pasar por la abertura del jardín.

De todos modos, esperó un poco, para convencerse de que no se encogía ya más; y se sintió inquieta al pensarlo. “Porque podría suceder —se decía Alicia para sus adentros, como comprenderán— que llegara a acabarme del todo como una vela. Y, la verdad, no sé lo que sería de mí, entonces”. Y se esforzaba por imaginarse cómo es la llama de una vela cuando se apaga, y no recordaba haberlo visto nunca.

Al cabo de un rato, viendo que no pasaba nada más, decidió salir enseguida al jardín. Pero, ¡ah, pobre Alicia!, al llegar a la puerta se encontró con que se había olvidado de la llavecita dorada, y al volver a buscarla *vio* que ya no alcanzaba a tomarla de la mesa. La veía claramente a través del cristal e hizo cuanto pudo por encaramarse por una de las patas, pero era muy resbaladiza y, cuando se rindió de tal esfuerzo, la pobrecita se sentó en el suelo y se echó a llorar.

—¡Vamos, que no sacarás nada llorando de esta manera! —se dijo Alicia a sí misma con un poco de dureza—. Te aconsejo que dejes de llorar ahora mismo.

Con frecuencia se daba excelentes consejos, que casi nunca seguía, y a veces llegaba a reprenderse con tal severidad que se arrancaba lágrimas de los ojos; hasta se acordaba de que una vez se quiso tirar de las orejas por haberse

engañado en una partida de cróquet que había estado jugando ella sola, pues esta curiosa criatura era muy dada a fingir desdoblamiento de su persona, creyendo ser dos en vez de una. “Pero de nada me servirá ahora —pensaba la pobre Alicia— simular ser dos personas, cuando ¡bastante tengo con hacerme una sola persona respetable!”.

Pronto su mirada se fijó en una cajita de cristal que había debajo de la mesa; la abrió y encontró dentro una diminuta torta en la que se leía la palabra “Cómeme” trazada con almíbar de grosella.

“Bien, me la comeré —se dijo Alicia—, y si me hace crecer otra vez, podré agarrar la llave, y si me hace más pequeña todavía, pasaré por debajo de la puerta; así, de todas maneras, entraré en el jardín, y que pase lo que Dios quiera”.

Dio un mordisquito y se preguntó, llena de ansiedad:

—¿Hacia dónde?, ¿hacia dónde?

Y se llevó la mano a la cabeza para comprobar si crecía o disminuía, pero le sorprendió mucho encontrarse con que continuaba de la misma manera. Esto es, en efecto, lo que pasa siempre que se come torta, pero Alicia se había acostumbrado de tal manera a no esperar más que cosas extraordinarias que le pareció muy

triste y estúpido seguir viviendo de una manera normal.

Así es que tomó una decisión y en un momento se comió toda la torta.

